

Anclados en el postterrorismo

ÑAKI EZKERRA

No es verdad que ETA desee que olvidemos lo que ha hecho. Necesita que lo recordemos y lo sintamos como cercano para que le sea rentable

Es una de las clásicas escenas del metro. Un tipo de mal aspecto y con una expresión en la cara de ser capaz de hacerle picadillo hasta a su propia madre, se dirige a los viajeros para pedirles dinero y explicarles de paso que acaba de salir de la cárcel; que no quiere reincidir en el delito y que espera, sinceramente, no verse obligado a utilizar la navaja que tiene guardada en el bolsillo. Nadie diría de un sujeto así que se trata de un ciudadano normal y respetuoso con la Justicia, ni de un auténtico hombre de paz. Dejemos a un lado su apariencia física, su mirada extraviada, su sonrisa de psicópata, su gesto de chulo de mala sombra. No es que no sean importantes esos detalles a la hora de inspirar toda la desconfianza del mundo sino que no son lo principal. Lo principal es la navaja. Ahí no caben interpretaciones ni subjetividades. Si estamos ante un exdelincuente que se quiere reintegrar en la sociedad, ¿qué coño hace con la puñetera navajita?

Es esta la pregunta que cabe hacerse después del comunicado del 20 de octubre en el que ETA anunció el cese definitivo de la violencia y mientras ETA siga existiendo, mate o no mate. Porque es ese factor –el de la navaja, o sea el de la mera supervivencia del grupo armado– el que obliga a interpretar cualquier petición o exigencia de sus presos, de Bildu, de Amaiur o de la izquierda abertzale en términos de chantaje. Es este hecho objetivo e irrefutable de la perduración de la banda el que sigue enrareciendo la vida política y social vasca por muy voluntaristas, optimistas y hasta crédulos que nos empeñemos en ser; el que permite todo tipo de especulaciones interesadas y pronósticos sombríos sobre la ‘hoja de ruta’ de sus ‘cerebros’ y un posible regreso a los atentados, así como el que haría disparatada la presencia, en unas próximas elecciones vascas, de lo que no sería otra cosa que el brazo político de un cuerpo terrorista mientras este siga vivo y aguantando. El proyecto de una Euskadi gobernada por los ‘amaiures’ y vigilada por una ETA que ‘espera, sinceramente, no verse obligada a utilizar la navaja o la Parebellum en el metro democrático’ es –o debería ser– inviable. Y, aunque la polémica enmienda a la ilegalización de Amaiur, que suscribieron el 21 de febrero todos los partidos del arco parlamentario español, a excepción de UPyD y los interesados, es una saludable noticia, porque muestra un consenso mayor que el que tuvo el propio Pacto contra el Terrorismo, hay que reconocer que falta en ella esa tácita ‘fecha límite’ que son las elecciones autonómicas y que, de explicitarse en el texto, habría hecho imposible dicho consenso.

Al navajero del metro –como a la ETA política– podremos darle una oportunidad y hasta unas palmadas, pero lo que no podremos hacer nunca es sustraernos a la realidad de la navaja. Mientras la lleve encima no estaremos seguros. Aquí no se

trata de la fe que piden unos ni de la desconfianza que exigen otros sino de valorar objetivamente ese hecho. No se trata de adivinar ni las intenciones de ETA ni el futuro de su aventura institucional sino de evitar que ese futuro sea una peligrosa incógnita. El amor de Eguiguren a los vaticinios rosas y el de Mayor Oreja a los negros vaticinios han introducido una deformación en el análisis del terrorismo etarra que consiste en justificar el diagnóstico en función de la habilidad persuasiva en la exposición del pronóstico. La adivinación y la profecía se han convertido, así, en discursos políticos y en géneros literarios.

Pero lo que hay que pedir a nuestros representantes electos en lo que toca a la situación vasca es lo que se le puede pedir a un médico cuando padecemos un mal grave. Al médico no le podemos exigir que prometa que nos vamos a curar ni que nos vamos a morir. Le pediremos que nos diga con precisión qué clase de enfermedad padecemos así como que haga lo que esté en su mano para paliar dicho mal, mejorar nuestra salud y, si es posible, devolvérmola plenamente. Hacer lo que esté en la mano de los políticos para combatir el virus totalitario en la llamada izquierda abertzale consiste

en dejarle claro a esta que no son compatibles la apuesta política y la simultánea resistencia de ETA a desaparecer; la exigencia de créditos penitenciarios o políticos en la calle ni en las instituciones por parte de nadie que use la capucha ni la cara del matonismo como instrumento de persuasión ni que se palpe el arma en ningún bolsillo con la mano nerviosa y amenazante. Si –según el comunicado del 20 de octubre– el cese de la violencia es definitivo, ¿qué coño hace esa gente con las puñeteras pistolitas? ¿Por qué no se disuelve?

JOSE IBARROLA

Acceptando la mejor hipótesis –la de que ETA no va a cometer más atentados–, lo que explica este aplazamiento de su suicidio es su necesidad de perdurar para encarnar a una de las partes de la negociación que pretende, así como para que el derramamiento de sangre siga siendo un pasado referencial eternamente inmediato y por lo tanto persuasivo. No es verdad que ETA desee que olvidemos lo que ha hecho. Necesita que lo recordemos y lo sintamos como cercano para que le sea rentable. Nos quiere anclados en un postterrorismo perpetuo, inmóvil y fecundo para sus intereses. Como el navajero del metro necesita de su pasado delictivo y carcelario para amedrentar. Él no sueña reinsertarse socialmente sino es el primer interesado en que ningún viajero se olvide de ante quién está. Contra esa ‘discreta’ modalidad del chantaje, el reto democrático de nuestros pediguños todavía armados y el de los partidos que no quisieron romper la baraja de la reinsertación política de ETA el pasado 21 de febrero está no sólo en dejar atrás el terrorismo sino en ir más lejos que este prolongado postterrorismo que nos lo invoca como una tediosa e interminable convalecencia.

